

Aventura en La Humeadora por Francisco Arnemann

Muchos expresan curiosidad al escuchar el nombre La Humeadora. Sugestivo para algunos y poco conocido para otros. Esta palabra, la más notable del nombre Parque Nacional Montaña La Humeadora, con el que la ley dominicana ha bautizado esta área protegida es en realidad una manera estilizada de referirse al término "la jumeadora". Así los lugareños designan la montaña más alta de este Parque, que casi permanentemente exhibe un penacho de nubes en su tope, evocando el humo de la rústica lámpara de kerosene que se fabrica en nuestros campos con una pequeña lata.

El sábado 11 de mayo de 2013, salimos emocionados a una excursión que ansiosamente habíamos reprogramado en dos ocasiones anteriores con el Club de Monteo Los Cimarrones Veganos. Nos reunimos en la Dulcería Rodríguez en Sonador, donde compartiendo animadamente un café revisamos el plan de viaje sobre el mapa del Parque Nacional Montaña La Humeadora que para tal propósito habíamos elaborado.

El proyecto decidido fue penetrar el Parque, por el paraje conocido como La Ensenada, proseguir al sitio denominado El Yuna y salir por Rancho Arriba, siguiendo un camino carretero cuyo trazo aparece en la hoja topográfica oficial del año 1983 (no existe una más reciente). Acordado esto, abordamos los tres vehículos mecánicamente preparados y especialmente equipados para incursionar caminos difíciles, que sus propietarios, socios entusiastas del Club dispusieron para la aventura.

Fausto Gómez Pezzotti, Maximino Herrera, Juan Llamacho y Francisco Arnemann, los de PRONATURA, nos acomodamos expectantes en los aparatos que todos experimentábamos por primera vez, mientras Andrés Joaquín Grullón Gómez, su hijo Joaquín Andrés Grullón López asistido por Ogaday De Moya y Francisco Galván se disponían para conducir.

Iniciamos el viaje! Al llegar a La Ensenada, un breve caserío asentado en el borde del Parque, recogimos a Cristina Cortoreal, mejor conocida como Tita. Una simpática y trabajada mujer oriunda del área, que amablemente nos sirvió de guía.

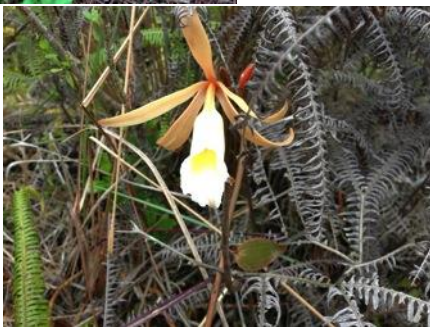
Entablamos conversación con Tita y rápidamente surgió su advertencia de que a unos pocos kilómetros adelante el camino estaba tan malo que los vehículos no pasarían. Y aunque en la medida que avanzábamos el camino empeoraba, no menguaba el optimismo de Andrés Joaquín, conductor del vehículo guía, quien insistía que le daría una sorpresa a Tita.

Continuábamos ascendiendo por el montañoso terreno, atravesando varios ríos o quizás el mismo en distintos puntos de su curso, encontrando cada vez más obstáculos cuando, repentinamente el camino se estrechó, de tal manera que decidimos bajar de los vehículos para hacer un reconocimiento.

He aquí que se presentaba frente a nosotros una empedrada senda, alternada con lodo y cárcavas, que solo podrían ser salvadas por los vehículos trabajándolas con picos y palas. Igualmente, pudimos admirar numerosas venas de agua, que surgían como

por magia de entre las rocas y arbustos “a la vera” del camino.

El calor fue haciéndose agobiante hasta que llegamos al sitio que Tita, quien nos guiaba caminando sin mostrar cansancio, había señalado como imposible de pasar. Y realmente era así. La tubería de concreto que en alguna época había conducido las aguas del río para que no afectaran el camino (carretera), ahora estaba rota y las aguas desbordadas la habían socavado, ocasionándole una profunda zanja que prácticamente “partía” lo poco que quedaba de él.



En esta área nos recomfortaron, el frescor del agua y la sombra de los pinos, sobre los cuales nos informó Tita haberlos plantado alrededor del año 2000, junto a otros comunitarios, para bordear la carretera recién reconstruida. Seguimos subiendo, disfrutando la variedad del cantar de las aves, probando las sabrosas frambuesas silvestres, embebiéndonos con las diversas flores (algunas de ellas, invasoras) y admirando el paisaje que a nuestro paso cambiaba sus escenas.



En el trayecto, desde cierta distancia nos señaló Tita, el lugar donde nació y transcurrió su infancia. Nos describió el sitio donde se encontraba su casa paterna, en un altiplano que usaban para jugar pelota. La zona estaba situada aproximadamente a la mitad del camino entre La Ensenada y Rancho Arriba. Mientras hablaba Tita su rostro reflejaba la añoranza de aquella época, expresando a la vez como su hogar seguía siendo la montaña. La sierra agreste y trabajosa, en la que todavía continúan ella y muchos más extrayendo la savia que sustenta su vida.

Seguimos caminando un poco más adelante, pero decidimos devolvemos todavía a distancia del terruño infantil de Tita, desde un recodo donde ya la vegetación nativa empezaba a mostrar su exuberancia. Allí también nos encontramos con un grupo que alegremente venía cabalgando desde Rancho Arriba, según nos contestaron cuando les indagamos.

De regreso, observamos y comentamos un poco más, la manera como la actividad agrícola que se realiza o se ha realizado mayormente en la franja oriental del Parque, al menos, a lo largo de todo el camino que recorrimos, ha ido dejando grandes extensiones montañosas sin cobertura arbórea y por tanto, seguramente disminuyendo la capacidad de

conservación de las nacientes de agua que aportan sus servicios a las zonas bajas.

Aquí se halla el gran reto, desarrollar modelos inteligentes de gestión compartida que aseguren una mejor calidad de vida para las ciudadanas y ciudadanos que como Tita, tienen en la serranía su sustento. Este esfuerzo queda por delante, el de combinar el uso de mejores prácticas de producción con sistemas de economía asociativa y de conservación del recurso hídrico y la biodiversidad para la sostenibilidad de La Humeadora y de la vida.

Con estos pensamientos en mente, abordamos nuevamente los vehículos, retornando desde el sitio de donde éstos no pudieron seguir y nos detuvimos unos momentos en la casa de Tita. Ella haciendo uso de la amabilidad que caracteriza al poblador del campo dominicano, nos invitó a sentarnos para que pudiéramos comer algunos alimentos ligeros con los que nos habíamos aprovisionado. Este agradable momento amenizado por la tertulia y referencias a las jocosidades de la aventura, concluyó sellado con un sabroso jugo brindado por Digna Enerita, hija de Tita, calificado por algunos del grupo como exquisito con sabor que mezcla cereza y carambola; pero extraído del “lulo”, fruta exótica proveniente del Perú y cultivada en el jardín de la casa.



Nos despedimos con la promesa de volver y emprendimos el regreso a nuestras casas, no sin antes, hacer planes para otro viaje por otra zona de Montaña “la jumeadora”.